

La pederastia socrática

Elsa Cross

La pederastia socrática. *Del deseo a la filosofía*, de Verónica Peinado, es una indudable aportación al campo de los estudios clásicos en México. Trata un tema que ha sido polémico desde la Antigüedad: la cuestión de la pederastia, como indica el título.

Antes de seguir, hay que aclarar que por pederastia no se trata aquí de los crímenes aberrantes de los que dan noticia los periódicos hoy en día, sino de una forma de relación que existió entre las capas aristocráticas de la sociedad ateniense, y que se caracterizó por ser una relación afectiva entre un hombre maduro y un niño mayor o un adolescente, del cual el otro fungía como guía, protector y, a veces, como preceptor también. Esta relación era aceptada socialmente hasta que el joven se convertía en hombre, hecho que marcaba la aparición de la barba o su matrimonio. Cuando una relación cruzaba el límite de esas circunstancias, entonces se consideraba homosexualidad.

En su libro, Verónica esclarece el significado y los matices de una serie de términos que surgen en torno al fenómeno de la pederastia. Aunque ella no adopta el término, yo preferiría utilizar, en vez de “pederastia”, la forma griega de *paidērasteía*, a fin de hacer a un lado todas las asociaciones indeseables ligadas al término. Verónica señala la distinción que hay entre tres conceptos afines y relacionados todos con el amor: *filía*, que es amor como amistad, afecto, afición; *eros*, que es el amor que implica un deseo erótico, y *agápe*, que es el amor por

los demás, el amor a los padres y los hijos, el amor al prójimo; este sería el amor cristiano por excelencia –y el término que usan los Evangelios, que excluyeron cuidadosamente al *eros* de sus escritos.

¿Y hasta qué punto había un impulso erótico en esta relación? Lo había, sin duda, incluso a partir de los nombres que se daba a cada una de las partes. El hombre mayor era el *erastés* o amante, y el joven imberbe, el *erómenos* o amado. Sin embargo, aunque en esa relación posiblemente había una atracción erótica latente, su objetivo y lo que permitía que fuera socialmente aceptada, era que podía tener un carácter pedagógico importante (o al menos ésta era su justificación), pues se consideraba como algo susceptible de propiciar un sentido de solidaridad entre los ciudadanos, y también entre guerreros; de ahí provenía la creación de hermandades o fraternías. Y hay que recordar la importancia que esto tuvo en Esparta.

De aquí parte un poco el contexto en que la *paiderasteía* es tomada por Sócrates, aunque no con el interés de que los jóvenes se convirtieran en guerreros, sino que se desarrollara en ellos un interés en la vida filosófica. Y es esto lo que la convierte en un elemento educativo.

Sin embargo, junto a los valores formativos de esta relación, no deja de estar presente el impulso erótico. Desde siglos antes, aparece en la cultura griega como el máximo ideal de belleza un adolescente fuerte y hermoso, tal como testimonian las innumerables estatuas de *kouroi* –muchachos– desnudos que se encontraron en muchas partes, junto a las modestas *korai*, las jóvenes, vestidas de pies a cabeza. No es de extrañar el gusto por los jóvenes adolescentes en una sociedad dominada por el poder y los valores masculinos, y donde la mujer era a veces sólo un mal necesario para la procreación, e incapaz –dadas las limitaciones de su reclusión doméstica– de ser un interlocutor ni

siquiera medianamente interesante, salvo en casos excepcionales como el de Diotima, que era sacerdotisa, o el de Aspasia, la mujer de Pericles, que recibió una instrucción excepcional.

El libro esclarece el carácter y la función que tuvo la *paiderasteía*, y aunque sigue la idea de Henri Marrou que la propone como el elemento educativo por excelencia, desarrolla a fondo la evolución que sufrió este fenómeno. También aclara que no fue aceptado por todos los griegos, y entre los bárbaros se consideraba una práctica vergonzosa –muy probablemente porque no se entendía. El hecho es que tiene que ser justificada en el diálogo platónico de *El Banquete*, donde se deduce, del discurso de Fedro, que era propia de sociedades más evolucionadas y aptas, en las que existían los recursos verbales para fundamentarla.

El libro, por otra parte, expone brillantemente los sistemas de argumentación, casi sofísticos, utilizados por Sócrates, que arrinconaban al interlocutor hasta hacerlo reconocer su ignorancia sobre el tema a discusión. “El eros no era para Sócrates –dice la autora– sólo una teoría bien elaborada, sino la esencia misma de su práctica filosófica” (Peinado, 2010: 57).

Aclara también cómo la función del *paiderastés* no se reducía, sin embargo, a la del pedagogo. La alianza con la filosofía daba a su relación con el joven seguidor o discípulo un carácter distinto, pues no se trataba de una transmisión de conocimientos básicos, sino de un ejercitarse en una palestra del pensamiento y de la excelencia moral e intelectual.

Más que en la mayéutica, la *paiderasteía* parece contener el elemento formativo más poderoso. Cito nuevamente a Verónica:

Aunque los estudiosos del tema de la pederastia afirmen, deduciendo del diálogo *Lisis*, la ausencia de eros en el amado, la pederastia socrática revela

que la posibilidad educativo-filosófica residía en tal correspondencia, pues sin ella no hubiera sido posible ni siquiera el comienzo de la relación. Además, el reconocimiento de la falta de sabiduría —entendida hasta aquí como un conjunto de conocimientos de tipo teórico— era la exigencia que Sócrates demandaba a los jóvenes para iniciarlos en el camino de la filosofía (Peinado, 2010: 85).

Una gran cualidad del libro es su análisis penetrante de *El Banquete* y otros diálogos platónicos, porque da mucha claridad sobre el contexto intelectual y social en que se desarrollan. Son de apreciarse las traducciones directas de la mayoría de los diálogos citados, pues restituyen a muchos términos su sentido real, que en otras traducciones a veces se oscurece con algún eufemismo. Además, restaura un pasaje de *El Banquete*, censurado durante mucho tiempo, donde Alcibíades, completamente borracho, reprocha amargamente haber pasado una noche con Sócrates en la misma cama, sin que Sócrates lo tocara.

No puede uno dejar de preguntarse, pensando en Alcibíades como la más terrible *némesis* de la polis ateniense, ¿qué hubiera pasado si Sócrates hubiera sido menos virtuoso con él? La no consumación de Sócrates de una relación con sus *erómenoi*, ¿era un rechazo, como afirma Verónica, o un acto de control, o una prueba de virtud, o alguna otra cosa? El no llevar consigo la terrible frustración que eso supuso, ¿habría hecho de Alcibíades alguien menos propenso al capricho y la traición? Es un poco escalofriante esta sentencia de Verónica: “La obra de Platón muestra la doctrina de Sócrates. Los actos de Alcibíades transmitieron el fracaso de su filosofía” (Peinado, 2010: 138).

Verónica dedica buena parte del libro a examinar también desde un ángulo psicoanalítico el fenómeno de transferencia que propiciaba la relación de maestro y discípulo, o de *erastés* y *erómenos*. A mí juicio el libro se sostiene perfectamente sin Freud, sin Lacan y sin Heidegger. Creo que hay un riesgo de proyectar sobre un mundo muy distinto y

muy distante del nuestro, una serie de nociones filosóficas y psicológicas que le eran totalmente ajenas, y que aún en nuestra época pueden cuestionarse, y de hecho, se han cuestionado ampliamente. Pero por otro lado, al ofrecer una perspectiva contemporánea del problema, estas menciones tienen la virtud de arrojar luz sobre él y de facilitar algunos aspectos de su comprensión, que disfrutará mucho el lector de los autores mencionados. También permite arrancar otro girón al velo protector que han padecido planteamientos platónicos.

El libro señala esa especie de censura que ha habido sobre textos de Platón, respecto a cuestiones, como la ya mencionada de Alcibiades, que pudieran empañar el prestigio de las veneradas figuras del propio Platón y de Sócrates. De hecho, es a partir de Nietzsche –que representa hasta la fecha la crítica más radical de Sócrates–, pero sobre todo en los últimos treinta o cuarenta años, que ha empezado a resquebrajarse la visión monolítica sobre la Antigüedad. Libros como *La sabiduría griega* de Giorgio Colli, *Filosofía y mística. Una lectura de los griegos* de Salvador Pánniker, o el muy debatido *Atenea negra*, de Martín Bernal, entre otros, han abierto de diferentes maneras muchas otras vías para comprender la antigüedad helénica.

En este sentido, y bajo otro ángulo, veo como una de las aportaciones más valiosas del libro de Verónica su propuesta de que en realidad es la *páiderasteía* y no la mayéutica –que sólo se ejemplifica en el Menón, según señala– lo que constituye el método socrático de enseñanza por excelencia. El que se haya privilegiado a la mayéutica como tal, bien puede ser otra de las consecuencias de una exégesis de siglos, que ha pasado por los densos filtros de la escolástica y la ilustración, distorsionando la visión de la Antigüedad y la lectura de numerosos filósofos, o presentándolos de manera parcial. Mi ejemplo

Elsa Cross. *La pederastia socrática*

favorito es cómo se ha hablado hasta el cansancio de la idea socrático-platónica de la inmortalidad del alma, pero se ha soslayado casi por completo la idea de la reencarnación.

Para terminar, quiero decir que considero que este es un libro indispensable para quienes deseen ampliar su cultura clásica, conocer más a fondo el tema del libro, y también para el que quiera acercarse a los diálogos de Platón, pues como ya mencioné, aquí se esclarecen muchas claves de los procesos de la argumentación socrática.

Bibliografía

Peinado, Verónica, *La pederastia socrática. Del deseo a la filosofía*, CIDHEM, Cuernavaca, 2010.

Elsa Cross, poeta y ensayista. Maestra y Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente se desempeña como profesora titular de Filosofía de la religión de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Cuenta diversos premios, tales como el de Poesía de Aguascalientes (1989), Poesía Jaime Sabines (1992), Xavier Villaurrutia (2008), Roger Caillois (2010), entre otros. Entre sus publicaciones se encuentran *Nadir* (2010), *Poemas desde la India* (2010), *Jaguar et autres poèmes* (2009).